

### III

#### RUINAS INDIGENAS DEL SUR DE TAMAULIPAS.

Existe en la jurisdiccion de Altamira á unas siete leguas al Poniente de aquella poblacion, una pequeña cordillera de montañas llamada generalmente la Sierra de la Palma.

Esta sierra corre de Norte á Sur en una extension aproximada de 25 kilómetros, yendo á terminar en las orillas de la gran laguna de Champayan.

Las últimas prominencias de esta montaña, á las que dan el nombre de Miradores, forman á la parte del Sur un pequeño valle que llaman la Cañada y que se encuentra cubierto por la espesura de una selva vírgen.

En el mes de Marzo de 1866, un propietario de las cercanías, que me habia dado informes muy vagos de la existencia de las ruinas de Miradores, me condujo á aquellos lugares.

Para llegar á las ruinas, atravesamos por un estrecho sendero el pequeño valle de la Cañada, y principiamos la ascencion de la montaña.

A pesar de que á la simple vista no llama la atencion aquella altura, cuando llegamos á su cima se ofreció á nuestros ojos un inmenso panorama hácia el Poniente. A lo léjos limitaba el horizonte el perfil apenas perceptible de la Sierra Madre ó ándes mexicanos; y en el centro de aquel extenso cuadro de selvas y llanuras, cuyos perfiles confundian en lontananza las brumas de la atmósfera, se dibujaba la gigantesca silueta del cerro del Bernal; columna de peñascos de asombrosos tamaños y

caprichosa forma, que se encuentra situada al Este de la ciudad de Magiscatzin, y de la que tal vez me ocuparé mas adelante.

En seguida descendimos la pendiente hácia el Oeste, y el terreno principió á ofrecer un aspecto distinto de lo que hasta allí habiamos visto, pues principiamos á encontrar algunos claros entre el bosque, que estaban cubiertos de zacate en la época en que los visitamos.

En estos claros se encuentran, á juzgar por la simple vista, grandes montones de tierra dispuestos en líneas rectas y equidistantes entre sí; siendo esta la primera razon que hace dudar que sean relieves naturales del terreno.

Al tratar de reconocer mas detenidamente aquellos montones, ví que no son otra cosa mas que habitaciones destruidas del todo y cuyos restos de pared cubiertos casi por el terreno, están formados de piedras rectangulares labradas con regularidad y de diferentes magnitudes.

La edad de estas ruinas se presenta al investigador como un problema interesante, y emprendí desde luego el trabajo de buscar en ellas cuantos datos pudieran servirme en su resolucion. Pero en el claro de la selva donde se encuentran esos escombros, no se ofrece á la vista nada que pueda marcar de una manera fija una fecha en el pasado; allí no hay sino montones de paredes derruidas, cubiertas ya por una capa de tierra vegetal y que se llena en la estacion de las lluvias de zacate y arbustos.

El guía que me hacia conocedor de aquellos sitios, me habló de que entre la selva que nos rodeaba se extendian las líneas marcadas por las ruinas, y con alguna dificultad debida á la espesura pudimos descubrir un primer escombro.

Su superficie estaba cubierta casi en su totalidad por esa planta llamada en el país *guapilla*, que es una especie de cardencha y que abunda en los montes de Tamaulipas; algunos *serones* levantaban sus copos sobre él cubriéndolo de sombra; largos bejucos que pendian de sus ramas enraizaban al suelo; y en fin se nos ofrecia sobre la memoria de un pasado lejano el aspecto de una selva vírgen.

Cualquiera que no conozca la exhuberante vejetacion que es propia de aquel suelo, creeria al visitar estas ruinas, que ha sido necesario el trascurso de algunos siglos para que haya podido cambiar en tales términos el aspecto de aquellos lugares. Mas en Tamaulipas, muy pocos años se necesitan para que se eleven montes impenetrables en las labores y ranchos abandonados.

Rompiendo con nuestros cuchillos el follage que cubria el escombro, logramos colocarnos en su centro, pero no teniamos á la vista nada que nos indicara que aquella pequeña elevacion fuese de la naturaleza de las anteriores, hasta que el hombre que me acompañaba, descubriendo con su cuchillo un flanco de escombro, me señaló las piedras ennegrecidas descubiertas tan solo en algunos puntos de sus aristas y apretadas entre sí por gruesas raices.

Alí fué donde recogí datos mas precisos sobre el origen y época á la que se remontan estas ruinas.

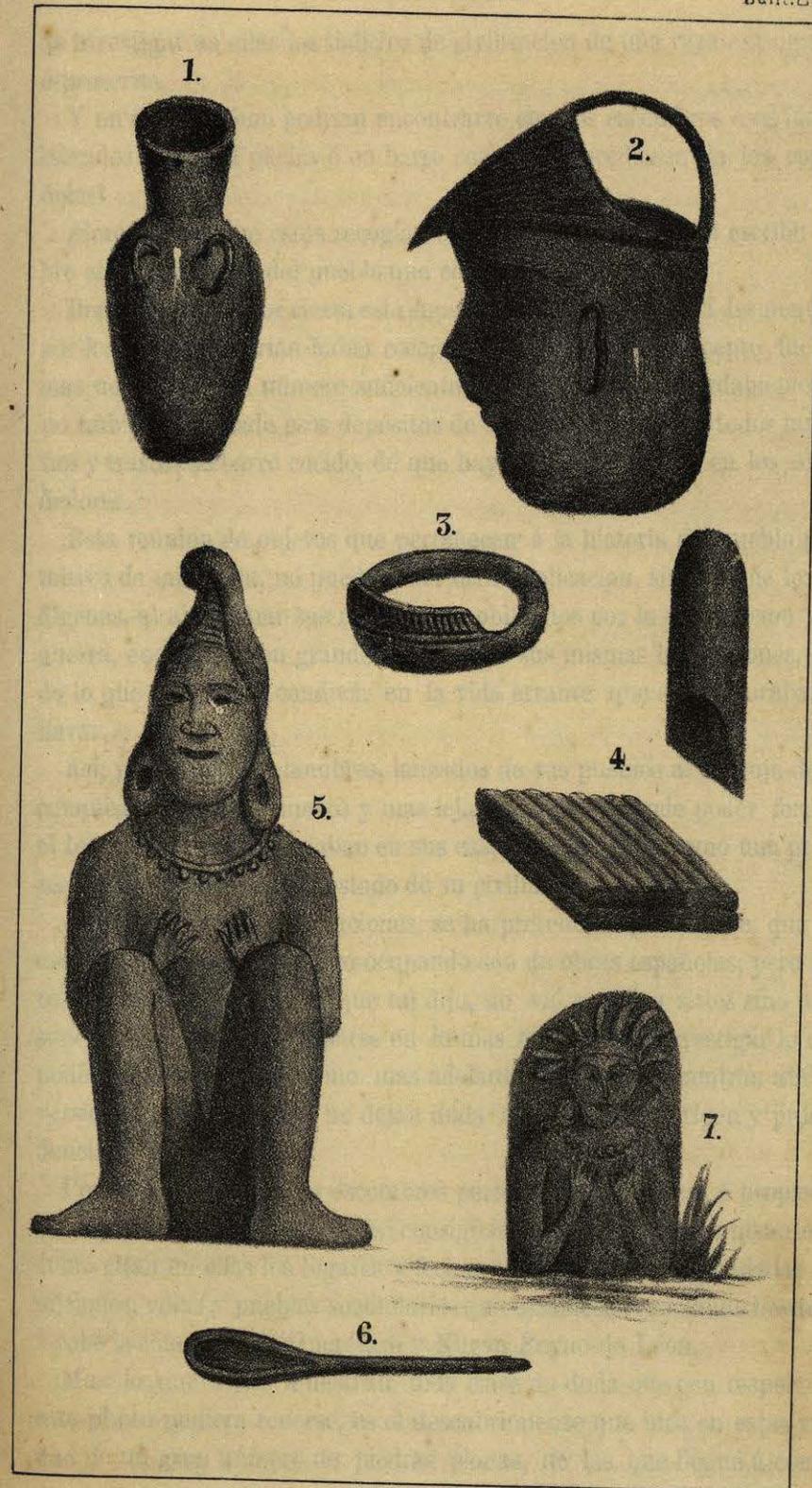
En aquel escombro hemos encontrado un jarro de barro cocido perfectamente conservado, cuyo tamaño media 50 centímetros de altura, y 15 de diámetro en su parte mas ancha. Este jarro, que está representado en la figura 1.ª de la litografía que acompaña á este artículo, estaba tapado por el terreno y apenas dejaba ver su fondo; tuvimos que cabar á su derredor para poder sacarlo entero y sin lesion alguna, y en esta operacion encontramos ademas dos pequeñas cabezas de ídolos de barro de extravagantes facciones.

Entónces he conocido que aquellos montones están formados de piedras, trozos de ídolos y de trastos de barro cocido despedazados, y de una tierra de una naturaleza distinta de aquella en que se extiende el monte, pues es algo mas arsillosa, y en tal virtud, de un color ménos oscuro, haciendo suponer, no sin razon, que proviene en parte de trastos de barro cocido pulverizados por el tiempo, ó bien que sobre aquellos escombros tuvo lugar un dia algun fuego candente que dió al terreno ese color de ócre rojo propio de las tierras cocidas.

A juzgar por lo que ahí se encuentra es indudable que estos recuerdos legados en medio del desierto por generaciones que fueron, se remontan á la época de la conquista española en el suelo de México.

En un principio puede suponer el que visita aquellos lugares, al ver la regularidad con que se encuentran colocados los escombros y el arte con que están labradas las piedras en forma rectangular, que estas ruinas provienen de los españoles que al extender el círculo de sus conquistas, fundaban pequeñas poblaciones fortificadas en puntos avanzados, para poder replegarse á ellas en casos necesarios en sus guerras con los naturales.

Sin embargo esta suposicion no puede existir sino por un momento para aquel que colocado sobre esas ruinas, interroga al pasado tratando



México. Lit. J. Rivera, Hijo y C<sup>o</sup>  
Antigüedades indígenas encontradas en las ruinas del sur de  
Tamaulipas.

de investigar en ellas los indicios de civilizacion de una raza extinguida ó proserita.

Y en efecto ¿cómo podrian encontrarse en esos escombros esos ídolos labrados en negra piedra ó en barro cocido si procediesen de los españoles?

¿Será tal vez que estos recogian esos datos preciosos para escribir sobre ellos la historia del pueblo que conquistaban?

Pero aun dando por cierta esta suposicion, á pesar que está desmentida por los hechos, podrian haber recogido los que en su concepto fuesen mas notables y en número suficiente á sus fines; pero indudablemente no hubieran formado esos depósitos de *metates*, de ídolos de todos tamaños y trastos de barro cocido, de que hay algunos ejemplos en los alrededores.

Esta reunion de objetos que pertenecen á la historia del pueblo primitivo de mi patria, no puede tener otra explicacion, sino la que los indígenas, al abandonar sus residencias obligados por la persecucion y la guerra, encerraban en grandes pozos ó en sus mismas habitaciones, todo lo que no podian conducir en la vida errante que se preparaban á llevar.

Así, pues, aquellos hombres, lanzados de sus pueblos al empuje de la conquista, al buscar nuevos y mas lejanos bosques donde poder formar el techo de su choza, dejaban en sus casas abandonadas como una prueba legada al porvenir del estado de su civilizacion.

A pesar de estas observaciones, se ha pretendido por alguno, que los escombros de que me vengo ocupando son de obras españolas; pero esto solo demuestra que el que tal dijo, no vió aquellos sitios sino muy superficialmente, sin ocuparse en lo mas mínimo de investigar lo que podian contener, pues como mas adelante diré, se encuentran ahí diversidad de objetos que no dejan duda alguna de su origen y procedencia.

Por otra parte, si estos escombros pertenecieran á aldeas ó propiedades españolas, lo hallariamos así consignado en sus relaciones históricas, como citan en ellas los lugares y fechas en los que dejaron fundadas las misiones, villas y pueblos secundarios que establecieron cuando llevaron á cabo la conquista de Querétaro y Nuevo Reyno de Leon.

Mas lo que viene á destruir toda clase de duda que con respecto á este punto pudiera tenerse, es el descubrimiento que hice en estas ruinas de un gran número de piedras planas, de las que llegué á contar

hasta cuarenta; que se encuentran formando pequeñas hileras de seis y ocho piedras en diferentes direcciones y que se extienden en un círculo de mas de cincuenta metros de diámetro.

Estas piedras planas están verticalmente clavadas, descubiertas algunas en mas de una vara y se ven labradas por una de sus caras en bajo relieve representando en casi todas ellas una cabeza, cuello y hombros, con los brazos y manos puestos sobre el pecho. En la figura 7 de la segunda lámina está representada una de estas esculturas.

No pude explicarme en un principio el fin con que habian sido colocadas aquellas piedras en la singular situacion que tenian; mas cuando noté que se hallaban fuera de la demarcacion de los cúes formados por las ruinas á una distancia de cien metros hácia el lado de la laguna, me vino la idea de que tales esculturas podian ser ídolos que rodeaban tal vez el templo indígena ó el lugar destinado á los sacrificios; pero este pensamiento lo deseché al recordar que en otras ruinas de igual naturaleza que habia ya visitado, el templo ó lugar señalado á los dioses estaba colocado en el centro mismo de los escombros y no fuera, como en este caso.

Para poder hacer algunas observaciones sobre el arte de cincelar revelado en aquellas piedras, determiné arrancar una de ellas, pero estaban firme y profundamente enterradas, y nos faltaba una barra para poder conseguir nuestro objeto. Viendo esto uno de los hombres que me acompañaba, cortó con su cuchillo un varejon grueso de una madera sumamente dura llamada barreta; le sacó punta por una de sus extremidades, y con aquella barra improvisada logramos, al cabo de media hora de trabajo, arrancar una piedra. Pude ver entónces que estos no estaban labrados en la parte que tenian enterrada, sino solamente en su parte descubierta, y noté tambien que aquellas esculturas revelaban todas un mismo estilo, cual si el cincel hubiese sido manejado por una sola mano, procurando representar en muchas de ellas una misma fisonomía.

Cavamos al frente de aquella piedra para lograr desprenderla, hasta la profundidad de una vara y vimos que salian confundidos con los últimos puñados de tierra muchas fracciones de huesos humanos, entre los cuales se reconocian perfectamente la parte inferior de una mandíbula, un trozo de la parte posterior del cráneo, amarillento y podrido al grado de que con una ligera presion de los dedos se convertia en pequeñas partículas, y algunos dientes y muelas bien conservados.

Esto me hizo prolongar la escavacion al frente de la piedra y nos hemos encontrado casi completos los restos de un esqueleto, entre los cuales distintamente se conocian algunos trozos de canilla.

Ademas de estos huesos humanos que encontramos al practicar la escavacion que dejo referida, hemos sacado de aquel lugar una gran cuchara de barro cocido que tenia el tamaño de un plato comun en su parte convexa y una especie de mango de cuarenta centímetros de longitud. Esta cuchara aunque se nos partió en tres pedazos al sacarla, pude reunirlos y formar su dibujo regularmente. (Lámina 2.<sup>a</sup>, figura 6).

La escultura en bajo relieve que acababa de sacar, estaba practicada en una piedra que tenia dos varas de largo, treinta pulgadas de anchura y ocho de espesor. Esta piedra, así como todas las demas que se encuentran ahí cinceladas y las que forman las paredes deshechas de los escombros, son de una misma naturaleza; negras, algo porosas y sumamente pesadas.

Por el resultado conseguido en la escavacion de que acabo de hablar, pensé que aquello podia ser un cementerio indígena, y con el objeto de buscar mayores datos para juzgar mejor; gasté el resto del dia en practicar hasta otras tres escavaciones, arrancando otras tantas piedras que fueron todas menores en longitud que la primera, aunque con muy poca diferencia igualmente cinceladas.

En estos nuevos pozos encontramos tambien los restos humanos de que he hecho mencion, siendo de notar que en algunos sitios estaban mejor conservados que en otros; circunstancias que revelan tal vez la diferencia de fechas con que ahí fueron depositados, ó que bien es debida á que la humedad, que siempre ayuda á la descomposicion, es mas sensible y duradera en la parte de aquellos lugares que está cubierta por la selva; que en la parte que recibe los rayos solares; y la extension en que se ven las piedras verticales de que vengo ocupándome, se halla cubierta por el monte en los sitios donde encontramos los huesos casi del todo deshechos; á pesar de que el terreno es alto, pendiente y nada cenagoso.

Con este nuevo descubrimiento, no me cupo duda alguna de que me hallaba en un camposanto indígena, y de que aquellas piedras que formaban, por decirlo así, las lápidas de los sepulcros, no eran ídolos, sino que trataban de consignar en sus esculturas algo relativo á los que á su pié habian sido enterrados.

En cada una de las tres últimas escavaciones, nos hemos encontrado

otras tantas cucharas de barro cocido, iguales casi en forma y tamaño á la primera de que he hablado, y ademas hallamos tambien en las dos últimas varias argollas ó círculos de barro cocido de dos centímetros de diámetro y menores. El barro de que habian sido formados estos objetos, fué teñido probablemente desde ántes de hacerlos, de rojo y de verde; pues en muchos fragmentos de estas argollas, así como en las que pude recoger enteras, se notaban estos colores aún bastante vivos.

Todo esto me hizo suponer que aquellas sepulturas pertenecian á los casiques ó gefes del pueblo indígena que se levantó en aquellas ruinas; en cuyo pueblo era tal vez una costumbre enterrar les cadáveres con sus adornos y objetos que les hubieran servido en los usos comunes de la vida.

Aquellas cucharas de mango largo de que encontramos tantos ejemplares como escavaciones hicimos, no pueden haber sido destinadas á otro objeto mas que á recibir el agua ó el alimento de alguna olla comun á la familia; así como las argollas de tierra cocida, coloradas y verdes, no pueden haberse usado por sus dueños mas que como pendientes y adornos.

Entre los muchos objetos rotos y enteros que conseguí reunir en estas ruinas, me llamaron la atención unos triángulos de piedra y de barro cocido, que tenian tres pulgadas en cada uno de sus lados, siendo en uno de sus vértices de un espesor de ménos de pulgada y bastante filoso en el lado opuesto.

Meditando el fin á que pudiera servir este instrumento casi cortante, he llegado á conocer que era empleado por los indígenas en tallar el pelo de las pieles que curtian, pues que con este objeto lo he visto usar hasta en la actualidad por algunos gamuceros de aquellos alrededores, que trabajan con él pronto y cómodamente.

Todo lo que acabo de decir no basta á fijar de una manera precisa la edad de estas ruinas, sino mas bien hace referencia á las costumbres del pueblo que los habitó. Mas tratando de conocer esa edad, uno de los medios mas á propósito y que pueden servir con mas exactitud, es el estudio de la vegetación que las cubre, y entro á hacer aquí por tal razon algunas observaciones con respecto al cuadro que ofrece la naturaleza sobre esas ruinas.

He dicho anteriormente que en el suelo de Tamaulipas, muy pocos años se necesitan para que se levanten montes espesos en los ranchos y labores abandonadas, pero me es preciso advertir que aunque en es-

tos montes renuevos se encuentran todos los árboles que figuran en la selvas seculares de las sierras de Tamaulipas, es muy fácil distinguirlos de aquellos, conociendo de antemano el desarrollo sucesivo de estas plantas y sus cualidades peculiares.

Cuando el terreno donde ha existido un rancho ó labor se abandona por alguna circunstancia, la vegetación se levanta ahí con mayor fuerza que en otro lugar cualquiera, y no parece sino que las plantas cortadas por la mano del hombre ó estropeadas durante algun tiempo por su pié, tratan, tan luego como se miran libres de este asedio, de reponer con usura el tiempo perdido desarrollándose precipitadamente.

De esto he presenciado varios casos en que ántes de cinco años de abandonado un lugar, era necesario abrir brecha con el cuchillo entre los tallos de los arbustos y renuevos para poder transitar por él.

Dos casos distintos hay que mencionar al hablar de estos lugares, donde ha existido alguna finca que haya sido abandonada despues; el uno cuando ha estado situada en la llanura, el otro cuando ha existido en las márgenes de algun rio ó laguna, de alguna ciénega, ó en las cañadas de las montañas.

En el primer caso, la vegetación que se apodera del lugar, se compone de arbustos espinosos, de huisaches y mezquites, plantas todas que viven en los llanos mas áridos de Tamaulipas, sin necesitar de grande humedad para su desarrollo.

En el segundo, el terreno se cubre en el primer año de crecida yerva de varias especies, entre las cuales aparecen desde luego algunos tallos flexibles de los árboles mas corpulentos que se conocen en aquellos climas.

Así pues, para calcular la edad de un rancho abandonado en la llanura, preciso es conocer el crecimiento de las plantas que son comunes en esa llanura; y del mismo modo conocer de antemano las condiciones en que se desarrollan las plantas en los lugares húmedos, para poder investigar la edad de las ruinas que se encuentren en ellos.

Entre los árboles mas comunes en el distrito del Sur de Tamaulipas, se enumeran el seron, el ébano, el chijol, el mezquite, el sabino, la seya, el javo ó coma, el higuero, la mora, el hojite, el orejon, el jovo, el zapote y el encino. Estos llegan á ser todos árboles corpulentos de gran follaje, y por lo regular se encuentran en el seno de los montes mas antiguos.

Ademas son muy comunes tambien en aquella comarca varias plantas que mas bien que árboles, pueden llamarse arbustos, pues aunque llegan á gran altura, sus tallos son relativamente delgados, brotan muy unidos entre sí y confundiendo del todo su follaje.

Estas plantas forman por lo regular la gran espesura que se nota en aquella vegetacion, y á esta clase pertenece la barreta, la matilla, el palo de leche y otros varios que seria largo enumerar.

Entre los árboles primeros que dejo mencionados, se encuentran algunos como el ébano, el chijol y el mezquite, que tardan mas de un siglo para llegar á su completo crecimiento, y despues se puede precisar el tiempo en que la vida del árbol permanece estacionaria, así como la época en que principia su decrepitud y las circunstancias que pueden determinarla.

Para todo esto es suficiente, como lo he dicho ya, conocer las propiedades de estos árboles en las diversas edades de su desarrollo.

Así tenemos, por ejemplo, que el ébano en Tamaulipas gasta los cien años primeros de su vida en llegar á toda la plenitud de su crecimiento, y su tronco en tales circunstancias es firme y seco, sin notarse en él resina ó savia ninguna mas que en la corteza; el centro de la madera es de un color chocolate negro, veteado de algunas líneas longitudinales ménos oscuras, y en estas condiciones puede asegurarse que el árbol permanece de cincuenta á sesenta años sin notarse en él mas cambio que algun pequeño aumento en su espesor.

Cuando un ébano pasa de ciento sesenta años, la madera del corazon principia á podrirse, convirtiéndose en una especie de polvo resinoso que se desprende del centro del palo, dejando un hueco que aparece en un principio en su parte mas baja, y que se eleva cada vez mas hácia su parte superior; pudiendo asegurarse que á los doscientos años de vida, el ébano se encuentra hueco en toda la longitud de su tronco.

En tales condiciones, este árbol vive aún mas de cincuenta años con lozanía y verdor constante en su follaje, por mas seco y árido que sea el terreno donde haya crecido; notándose una particularidad que le es característica, y que consiste en que el hueco interior de que he hablado, se hace de año en año mayor, adelgazándose cada vez mas la capa de madera que forra, por decirlo así, interiormente el cilindro de la corteza, hasta que en muchos casos se ve á esta sola sirviendo de sosten al árbol; cuyo tronco ántes tan firme, queda entónces reducido á algunas tiras ó astillas, que resistiendo á la descomposicion general y adheridas in-

teriormente á la corteza, le prestan la fuerza suficiente para soportar aún por algunos años mas el conjunto de las ramas superiores.

Cuando un ébano ha llegado ya á este grado, puede asegurarse que cuenta mas de doscientos años de existencia, y que ésta pronto terminará para él. Pues cuando el corazon del tronco ha caido ya convertido en polvo y tierra, y el árbol queda casi sostenido por la sola corteza, entónces el ébano se derrumba al ímpetu de los primeros nortes, que por aquella comarca soplan con sin igual desenfreno.

A pesar de que lo que acabo de decir con respecto al ébano, es lo que generalmente sucede con la vida y desarrollo de este árbol, existen sin embargo algunos de ellos que sin duda cuentan muchos siglos de existencia, siendo mas corpulentos y vigorosos que los otros de su especie; y en estos casos el ébano es sumamente negro y duro, al grado que muy á menudo las hachas se rompen de su filo al derribarlos; pues se encuentran muchas veces filamentos petrificados en el cuerpo de la madera.

El chijol y el mezquite son dos árboles que crecen bajo unas mismas condiciones, siendo mucho mas tardíos que el ébano para llegar á su entero desarrollo. Mas estos árboles son siempre sólidos, raras veces llegan á encontrarse huecos del corazon, y no parece sino que mientras mas años cuentan de edad, crecen con nuevo vigor y rapidez.

El tronco del chijol ántes de un siglo nunca pasa de un pié de espesor, y la parte que forma el corazon tiene tan solo unas cuantas pulgadas de diámetro, estando forrado de gruesas capas de madera blanca y de una corteza áspera y resinosa.

Cuando este árbol tiene en su tronco dos piés ó mas de diámetro, y las capas de madera blanca que cubren la columna del centro son pocas y delgadas, puede asegurarse que cuenta mas de dos siglos de existencia.

El mezquite necesita tambien mas de doscientos años para que su tronco llegue á contar dos piés de diámetro, siendo de notar que esta madera no tiene parte blanca ninguna, y que la corteza es mas áspera que la del ébano y chijol sin contener resina ninguna.

Ademas de estos árboles haré aquí algunas breves observaciones respecto del seron, por ser este uno de los que mas á menudo he encontrado creciendo sobre las ruinas.

El seron se desarrolla con mucha mas rapidez que todos los árboles de que me he ocupado con anterioridad, y segun las observaciones que he tenido ocasion de hacer personalmente, así como los informes que

de esta madera he podido conseguir, el seron alcanza su mayor altura antes de ochenta años, y una vez conseguido este crecimiento, se nota solo en los años sucesivos un aumento progresivo en el espesor de su tronco.

Mas este desarrollo de volúmen no es del todo regularizado ni uniforme como sucede comunmente en los árboles en general, sino que está sujeto á irregularidades que son propias del seron, y que solo en el sabinó y en el higueron he llegado á observar algunas veces.

Es el caso, que cuando este árbol consiguió ya su elevacion completa y su tallo principia á ensancharse y robustecer, se forman de la corteza al pié del tronco grandes berrugas en todas direcciones que vienen á formar otras tantas raices como si buscara nuevos puntos de apoyo para sostenerse mejor.

Esta es la señal de que el seron cuenta ya mas de un siglo, y en este estado permanece indudablemente durante muchos años, sin notarse en él otro cambio mas que su follaje se vuelve pálido y raquítico, y sus ramas superiores se cubren por lo regular de paxtle y *magueycillo* que enraizan en su corteza y viven con su savia.

Por varias veces he hecho derribar todos estos árboles de cuyas cualidades me vengo ocupando, para observar la formacion interior de sus capas geológicas sucesivas, y confieso que nunca me ha sido posible contarlas distintamente, pues aunque en algunas partes se distinguen con claridad, en otras se confunden del todo y no presenta la seccion transversal del tronco que se estudie, sino un color uniforme y confuso en el que no se pueden notar las circunferencias concéntricas ó capas que han formado sucesivamente el espesor del árbol.

Mas sin embargo de esto, el estudio de la seccion de un árbol cuando quiere averiguarse la edad que cuenta, es de mucha utilidad, porque siempre se encuentran indicios del progreso de la vegetacion en el centro de las maderas sólidas.

Paso en seguida á ocuparme de otra planta muy generalizada en Tamaulipas, y de la cual he hecho ya referencia.

Esta planta es comunmente llamada guapilla, y como he dicho ya, no es otra cosa que una especie de cardon ó cardencha, cuyos tallos espinosos se trenzan de tal modo en el interior de los montes que evitan á menudo el paso hasta de las bestias y fieras.

De esta planta se conocen dos clases: la primera llamada guapilla comun, crece por lo regular bajo los bosques situados en terrenos húme-

dos; sus tallos son por completo verde oscuros, y se desarrollan generalmente hasta siete piés de altura. La segunda, llamada guapilla china, se encuentra á menudo en los matorrales de los llanos, donde el terreno es pedregoso y seco. Esta especie es de menor tamaño que la primera, pues apenas llega á crecer á dos piés de altura; sus tallos son mas espinosos y ásperos y no completamente verdes; porque sus extremidades son de un color rojo bastante encendido.

Entre las cualidades especiales de la guapilla, está la de que esta planta no crece nunca sino en el interior de los montes mas ó menos espesos, ó bajo la sombra de los matorrales en los llanos, y nunca se le encuentra sola, porque cuando no tiene la sombra de la vegetacion, no puede resistir por mucho tiempo los rayos del sol, y pronto se seca hasta lo mas oculto de su raíz.

De esta cualidad se infiere que en el lugar en donde se encuentra la guapilla, ha sido necesario primero que se eleve el monte y le forme una bóveda de follaje, pues que la sombra es un requisito indispensable á la vida y completo crecimiento de esta planta.

De todas estas breves observaciones hechas sobre la formacion de los montes en Tamaulipas, he acabado por convencerme de que las ruinas de Miradores, las de la Sierra de la Palma, las de San Francisco, las de Sevadilla, y las dos que se encuentran en las márgenes del rio Tamesí, no pueden remontarse á una época anterior á la conquista de México por la España; porque los montes que han cubierto y cubren estas ruinas, no pueden tener ni trescientos años de existencia, su vegetacion es muy nueva, los árboles mas corpulentos y frondosos que en ellos se encuentran son pertenecientes á algunas especies de las que se desarrollan en muy pocos años, tales como el higueron, la coma y los serones, y por otra parte los ébanos, chijoles y mezquites muy raros que se hallan en estos montes, no ofrecen en su análisis las condiciones que les son propias cuando han llegado á su mayor edad.

Aunque por otra parte hay que tener en cuenta que la guapilla aparece en un monte despues que éste ha llegado á elevarse y cerrar su follaje por completo; y esta planta cubre hoy muchos de los cúes en las ruinas que tengo citadas, pudiendo suponerse con tal razon, que ha sido precisa la formacion primero del monte, para la aparicion de la guapilla, y que para esta formacion habria sido preciso tambien el trascurso de muchos años; repetiré aquí lo que anteriormente he dicho ya, y es que el monte en Tamaulipas se levanta en los terrenos húmedos y aun en

algunas alturas, con una rapidez extraordinaria, formando con todos los tallos de las plantas propias de aquel sitio, una espesura tal, que casi siempre es necesario abrirse paso con el cuchillo para poder transitar por el monte nuevo que se levanta en las fincas abandonadas.

Así, nada tiene de extraordinario que sobre las ruinas indígenas del Sur del Estado se levanten hoy algunos bosques en apariencia muy antiguos, pues esto es debido á la exhuberante vegetacion de aquella comarca, y cuando se estudian estos montes algo detenidamente, se llega á conocer desde luego y sin gran trabajo, que no cuentan ni tres siglos de existencia.

En las ruinas de Miradores, cuya descripción he tratado de hacer en las primeras líneas de este capítulo, recogí unas treinta piezas de piedra, hueso, pedernal y barro cocido, entre las cuales escogí las que hoy doy á la prensa litográfica, y que bajo los números ordenados del 1 al 7 figuran en la segunda lámina de este libro.

Antes de pasar adelante, no puedo renunciar al deseo de decir aquí algo relativo á dichas piezas, no haciéndolo con respecto del jarro que lleva el número 1, y de la cuchara señalada con el número 6, y de la escultura en piedra negra que va marcada con el número 7, porque he dicho ya anteriormente todo lo concerniente á estos objetos.

La figura segunda es el dibujo de una ollita de doce centímetros de altura y cinco de diámetro en su parte mas ancha; ésta representa por el frente una cara chata é hinchada, coronada con una especie de diadema que cubre casi las dos terceras partes de la boca del jarro, y que se une por medio de una asa á su parte posterior. Esta diadema ó copepe que corona la cara modulada en el barro cocido de la olla, termina en una punta bastante saliente, cuya punta está perforada por un pequeño orificio; de tal manera que este mueble si se llena de agua, arroja por dicho orificio una vena ó chorrito á la menor inclinacion que se le dé hácia adelante.

Trastos de esta naturaleza, he logrado reunir muchos ejemplares de distintos tamaños, y aunque en su mayor parte rotos, se revela en todos ellos el mismo arte; un solo método en el cocimiento del barro y un mismo gusto ó estilo en las líneas y figuras que llevan trazadas en su superficie.

Entre todos los objetos de esta clase que cuento en mi pequeña colección de antigüedades, me ha llamado siempre la atención el jarro que recogí en Miradores y que se mira marcado con el número 1, porque és-

te, además de su forma, esencialmente distinta de los otros recogidos en aquellas ruinas, no tiene como éstos, ningunas líneas ni figuras en su superficie exterior, sino que es perfectamente liso y mucho mas grueso aunque de la misma clase de tierra,

La figura 5 es un pequeño ídolo de barro de unos veinte centímetros de altura, y su cocimiento es tan perfecto, como se nota en la mayor parte de estos objetos, que á juzgar por su dureza, podria creerse formado de algun trozo de piedra cantera.

Este ídolo es uno de los pocos que he logrado encontrar enteros, y lo elegí para publicar su dibujo, por ser de los mas perfectos que he visto entre los muchos que he llegado á reunir, pues con excepcion del antebrazo y manos, que son relativamente chicos, todas sus demas partes están bastante regularizadas.

La figura 3 es el único objeto de hueso que cuento en mi colección. Fué recogido por un labrador que al practicar un desmonte para formar su milpa, se encontró con algunos cúes indígenas de grandes tamaños, de los que recogió muchas fracciones de objetos de varias clases, como pequeñas cabezas de ídolos de barro y de piedra, ollas rotas, trozos de cucharas iguales á las que habíamos encontrado en las sepulturas de las ruinas de Miradores cuyo dibujo va señalado en el núm. 6, un gran número de pequeños círculos de concha perforados por su centro, y una especie de anillos ó ruedas pequeñas, verdes, rojas y azul oscuro, que se hallan agujeradas tambien en dos de sus puntos diametralmente opuestos, y como para poder unirlos en una cadena. Estos últimos están formados de barro cocido, siendo tan fuertes y consistentes que difícilmente podria un alfarero de nuestros dias dar á la tierra un cocimiento mejor.

El anillo que representa la figura tercera, está copiado del mismo tamaño del original; como he dicho, es de hueso, y parece hecho con un trozo de canilla de algun javalí ó venado.

Por la parte exterior figura esta pieza una cara chata y deprimida, coronada con una especie de diadema. Este anillo es bien tallado y liso, se adapta perfectamente á los dedos y se puede llevar sin que cause la menor molestia.

Todos estos últimos objetos á que acabo de referirme formaron sin duda entre las tribus que habitaron aquellos sitios, los adornos de las mujeres y de las rodela de los guerreros, ó bien las insignias de mando y de poder de sus casiques.

Con el núm. 4 están marcadas en la litografía dos piezas de piedra

negra y lustrosa, sin poros ningunos que indudablemente estaban destinados á distintos usos.

La una es un cuadrado perfecto de cinco pulgadas de lado, y pocas de una de grueso; su cara principal está rayada con muchas canalitas, y tres de sus lados se ven tambien hundidos en el centro de su espesor por una línea profunda.

De estas piedras he visto otras aún de mayores proporciones é igualmente rayadas, y al tratar de explicarme el fin con que fueron empleadas, he llegado á conocer que servian para sujetar los hilos longitudinales de los tejidos; pues hasta hoy, como trataré de explicarlo en seguida, podrian usarse con el mismo propósito.

El telar indígena que puede formarse con estas piedras, es toseco y sencillo, pero llena perfectamente sus fines, y en él pueden construirse mantas gruesas ó ayates, con facilidad y prontitud.

Para formar este telar, se toman un número de piedras suficientes á que presenten unidas las unas á las otras, una longitud igual al ancho que se quiera dar al tejido.

Estas piedras se ponen tocándose mutuamente por uno de sus lados de tal manera, que sus caras canalizadas queden en un mismo sentido, y se ligan fuertemente con un cordel que se adapta al hueco de la línea que divide el espesor de los lados laterales. Se liga además otro número de piedras del mismo modo é igual al anterior; y hecha esta primera operacion, se colocan estas dos hileras la una enfrente de la otra, á una distancia igual á la longitud que quiera darse á la manta, y de tal modo, que las líneas indicadas por las canalitas de las piedras, correspondan en un mismo plano las unas á las otras.

Tomadas estas determinaciones, se pueden sujetar en seguida los hilos longitudinales del tejido que se tienden de una hilera de piedras á la otra, adaptándose á los huecos de las canalitas, y formando todos ellos líneas perfectamente paralelas. Hecho esto, puede tejerse con facilidad por medio de una aguja de hueso ó de madera, la hebra de hilo que se haya formado anteriormente. (14)

(14) No faltará tal vez alguno que al oirme expresar en estos términos, se pregunte si los indígenas en aquellos rumbos cultivaban el algodón, lino ú otra planta que pudiera servir para tejidos; y aunque nada se sabe de lo que fué la agricultura industrial entre aquellas tribus, haré notar aquí que en Tamaulipas existen muchas plantas silvestres, que sin necesidad de cuidado ninguno producen distin-

Un aparato semejante construido con alguna madera dura, como seron, chijol ó zapote, se usa aún por los indios de la sierra de la Joya para tejer ceñidores gruesos, jergas y franelas ordinarias.

Este aparato demuestra de una manera clara y precisa que los indios que habitaban el Sur de Tamaulipas, á lo ménos en toda la parte en que hoy se encuentran las ruinas de los pueblos que Hernán Cortés, destruyó en las orillas de la Laguna de Champayan, conocian el arte de los tejidos; y preciso es confesar que los usaban en sus trages, pues de otro modo no hubiera tenido entre ellos objeto ninguno el trabajo de formarlos.

Esto está en abierta oposicion con lo que dice de los habitantes de Tamaulipas el escritor Vicente Santa María, en su relacion histórica de la Colonia del Nuevo Santander.

Este sacerdote asegura que todas las tribus indígenas que habitaron en Tamaulipas desde el tiempo en que los españoles principiaron sus excursiones por aquella parte del país, eran completamente bárbaras vivian desnudas del todo, haciéndose constantemente la guerra las unas á las otras, cambiando á menudo por cualquiera circunstancia el punto de su residencia, no teniendo la menor idea de religion y desprovistos de toda clase de sentimientos y afectos humanos, que son tan indispensables en la vida de la familia y de la sociedad.

Toda esta pintura tan desconsoladora que nos hace el historiador á que me he referido, está desmentida por la existencia sola de las ruinas de que veago ocupándome, y la diversidad de objetos que en ellas se encuentran.

Ahí tenemos los cúes indígenas de la Sierra de la Palma, que son una prueba palpable de que la tribu que las habitó formaba sus casas con piedras labradas y adoves de tierra batida, al rededor de la columna destinada á la imágen de sus dioses. Y cuando una tribu construye un templo con piedra labrada, así como muchas de sus habitaciones, cual se notan tambien en las ruinas de Miradores, es indudable que ese pueblo ya no está formado de salvajes, ni cambia todos los dias de residencia, ni carece de sentimientos humanitarios ni de sociedad, puesto que

tas especies de algodón y otros filamentos. Entre éstas se cuentan el algodón silvestres, arbusto pequeño que produce motas bastante grandes de un color de cáñamo claro, la seyva, árbol por lo comun de gran follaje que produce motas de una especie de algodón tan resistente como el anterior; y además otras plantas filamentosas como el maguey, la pita y la lechuguilla.

vive reunido con su semejante, dándole ó recibiendo su ayuda en las mútuas necesidades de la vida práctica.

Por todo esto creo que Santa María, á pesar de que dice haber viajado por Tamaulipas para escribir su historia, no se tomó el trabajo de visitar el seno de sus montañas, dejándose guiar en su relato por las noticias vagas, inciertas ó exageradas que encontró escritas por algun misionero español, ó por los informes que pudo recojer de los colonos llevados á aquellas campiñas por el coronel Escandon cuando consumó su conquista. Y bien claro está el empeño con que misioneros y colonos procedentes de los españoles, denigraban hasta donde les era posible á los indígenas, exagerando con grandes proposiciones su insensatez y barbárie, para justificar en algo ante los ojos de sus propias conciencias la guerra de exterminio que se les hacia.

Con el mismo objeto, tal vez, no dice Santa María una sola palabra que conceda á aquellas tribus tamaulipecas algun indicio de cultura y civilizacion; y siempre que el historiador se preste á las iniciativas de las pasiones nacionales ó privadas, dejando á un lado esa imparcialidad que debe servir de norma á todos sus escritos, ya no será historia lo que trace su pluma, sino los sueños que forje su cabeza bajo el dominio de sus pasiones y tendencias.

La historia debe ser siempre dictada por la verdad, y el escritor que escucha la voz de las pasiones, se constituye por lo comun en un charlatan vulgar, que deja á la posteridad el trabajo de esclarecer las mentiras ó errores que dejara escritas.

La segunda de las piezas señalada con el número 4, es un trozo de cilindro, esférico por uno de sus extremos, y filoso y agudo por el otro, que sin duda alguna era usado como cincel para labrar la piedra destinada á las construcciones de las fincas ó á vaciar la superficie de las lozas en los bajos relieves.

De esta clase de objetos me volveré á ocupar mas tarde al hablar de las extensas ruinas indígenas, sobre las cuales se han formado al presente las fincas y labores del rancho de San Francisco. Por lo pronto, y para poner algun órden en mis descripciones, paso á ocuparme de las ruinas de la Sierra de la Palma, situadas á seis leguas al Norte de las ruinas de Miradores, de que he tratado en el presente capítulo.

#### IV

##### LA SIERRA DE LA PALMA.

La vegetacion que cubre la Sierra de la Palma, es una de las mas exuberantes en la demarcacion de la municipalidad de Altamira; y en el seno de esta montaña habian permanecido olvidadas ó desconocidas durante muchos años las ruinas de una ciudad indígena.

En un dia de Marzo de 67, el dueño del rancho de la Palma, que está situado en la cima de la montaña de este nombre, cuya descripción tengo hecha anteriormente, conociendo ya la existencia de estas ruinas, me hizo una invitacion para visitarlas, y habiendo hecho las provisiones que nos parecieron necesarias en nuestro proyectado paseo, salimos una mañana dispuestos y animados á pasarnos algunos dias en aquellos montes si era necesario, para su completo reconocimiento.

Al salir del rancho, caminamos hácia el rumbo del Norte por cerca de un cuarto de legua, y atravesamos arboledas sombrías cuyo follaje lograba apenas penetrar el sol por uno que otro claro de la espesura.

Al fin de esta pequeña caminata, llegamos á encontrarnos en frente de una pirámide formada de tierra en el centro, y cubierta en su superficie exterior con una pared de piedras labradas, interceptada en dos de sus puntos por los peldaños de dos escaleras.

Algunos árboles habian crecido en la planicie superior de esta pirámide intercalando sus raices entre las juntas de las piedras, y haciéndolas perder su primitiva posicion derribándolas al pié de las paredes.

Despues de examinar de pronto esta pirámide, reconocí todos sus